

y un miembro del comité socialista, Ar-séne Mennier, lo que hizo también reír á Luis Bonaparte.

Otra cosa le refirió Morny que divirtió también al autor del golpe de Estado; la cólera que se apoderó de Cavaignac al entrar en la célula de Mazas.

Hay en la puerta de cada célula un agujero que llaman lente, por el que observan á los prisioneros sin que ellos lo noten. Los guardianes que estaban observando á Cavaignac vieron que empezó por pasearse con los brazos cruzados, y al ver tan reducido espacio, se sentó en el taburete de la célula. Estos taburetes son estrechas planchas de madera, colocadas sobre tres piés convergentes que atraviesan el asiento por el centro y que producen en él una salida, de modo que se está en ellos muy mal sentado. Cavaignac se enderezó con rabia, y dando un puntapié, envió al taburete al otro extremo de la célula. Después, furioso y jurando, rompió de un puñetazo la pequeña mesa, que, unida al taburete, constituía todo el mobiliario del calabozo.

El puñetazo y el puntapié divirtieron á Luis Bonaparte.

—Maupas continúa teniendo miedo, añadió Morny. Bonaparte volvió á sonreírse, y su ministro del Interior se marchó tranquilo después de darle los anteriores informes.

Luis Bonaparte entró en seguida en un gabinete contiguo, en el que le esperaba una mujer, que se cree que iba á implorar perdón en favor de alguno. El doctor Couneau oyó decirle estas expresivas palabras:—*Señora, yo tolero vuestros amores; toleradme mis ódios.*

IV.

Los familiares.

Merimée era naturalmente vil; pero eso no debe tenersele rencor; pero M. de Morny era otra cosa, valía más; había en él algo del bandolero; era valiente, porque el bandolerismo obliga.

Merimée había sido contado sin razón como uno de los confidentes del golpe de Estado; no tenía por qué vanagloriarse de ello: Merimée no supo ninguno de los secretos, porque Luis Bonaparte no tenía confianzas inútiles: añadamos á esto que no es probable, á pesar de que hay indicios en contrario, que Merimée estuviese en la época del 2 de Diciembre relacionado directamente con Luis Bo-

naparte; esto no sucedió hasta mucho después. Merimée entonces solo conocía á Morny.

Morny y Merimée tuvieron intimidad en el Elíseo, pero de un modo diferente. Puede creerse lo que diga Morny, pero no lo que diga Merimée; aquel estaba enterado de los grandes secretos, éste de los pequeños; tenía vocación para ser correo de amores.

Los familiares del Elíseo eran de dos clases, confidentes y cortesanos; el primero ó el último de los cortesanos era Merimée. Esto es lo que hizo su fortuna.

Los crímenes solo son agradables en el primer momento; se marchitan en seguida. Esta clase de éxitos dura poco, y hay que añadirles algo en seguida que les dé brillo. El Elíseo necesitaba un ornamento literario. Algo de Academia no sienta mal á una caverna, y podía disponer de Merimée. El destino le reservaba un día el poderse firmar: *El loco de la emperatriz*. La condesa de Montijo le presentó á Luis Bonaparte, que le recibió muy bien, completando su corte con aquel bajo escritor de talento.

Aquella corte era una colección; estantería de bajezas, corral de reptiles, herbario de venenos.

Además de los confidentes que estaban allí para servir y de los cortesanos que estaban para adornar, tenía auxiliares. En ciertas ocasiones necesitaba refuerzos; algunas veces era de mujeres el *escuadrón volante*, otras de hombres, como Saint-Arnaud, como Espinasse, como Saint-Georges, como Maupas; otras veces ni era de hombres ni de mujeres, como el marqués de C***. Aquella camarilla era notable.

Digamos sobre ella algunas palabras.

En ella se encontraba Vieillard el preceptor, ateo de matiz católico, buen jugador de billar. Era un narrador, que contaba sonriendo lo siguiente: "A fines de 1807 la reina Hortensia, que vivía por su voluntad en París, escribió al rey Luis que no podía estar más tiempo sin verle, y que con este objeto se dirigía á La Haya. El rey se dijo á sí mismo:—Está embarazada. Llamó á su ministro Van Maanuen, le enseñó la carta de la reina y le habló de este modo:—La reina vá á llegar; que venga: nuestros cuartos se comunican por una puerta secreta, que ella encontrará tapiada. Luis, que tomaba en serio el arrastrar manto real, añadió:—El manto de un rey no servirá para cobijar á una perdida. El ministro Van Maanuen, aterrado, escribió todo

esto al emperador. El emperador se irritó, no contra Hortensia, sino contra Luis; pero Luis no cedió, porque aunque no tapió la puerta, se tapió á sí mismo, y cuando la reina llegó le volvió las espaldas. Pero esto no impidió que naciera Napoleón III. Una salva de cañonazos saludó este nacimiento."

Tal fué la historia que en el verano de 1840, en Saint-Seu-Taverny, en la casa llamada de la Terrasse, delante del testigo Fernando B..., marqués de la L..., compañero de la niñez del autor de este libro, refirió M. Vieillard, bonapartista irónico y sectario escéptico.

Además de Vieillard, formaba parte de la camarilla Baudrey, al que Luis Bonaparte hizo general al mismo tiempo que á Espinasse; porque en caso de apuro un coronel de complot puede convertirse en general alevoso.

También lo era Fialin, el cabo-duque, y Fleury, destinado á la gloria de viajar al lado del czar "sobre el anca de un caballo."

Lacrosse, liberal convertido en clerical, que era uno de los conservadores que llevaban el orden hasta el embalsamamiento y la conservación hasta la momia; fué senador más tarde.

Larabit, amigo de Lacrosse, lacayo y senador como él.

El canónigo Coquereau, llamado el abate de la *Hermosa Gallina*. Es muy conocida la contestación que dió á una princesa que le preguntaba:—¿Qué es el Elíseo? Parece que se puede decir á una princesa lo que no se puede á una mujer vulgar.

Hipólito Fortoul, que era de la especie de los trepadores, que tenía el valor de un Gustavo Planche ó de un Philarete Chasles, cualquier sopista literario convertido en ministro de Marina, cuyo nombramiento hizo exclamar á Beranger:—*Fortoul conoce todos los mástiles, incluso los mástiles de las cucañas.*

Estaba allí Saint-Beuve, hombre distinguido é interior, que tenía la envidia que debe perdonarse á la fealdad.

Troplong, que tuvo á Dupin por procurador, y al que Dupin tuvo por presidente, y que ambos constituían los dos perfiles de la mascarilla puesta sobre la frente de la ley.

Abbatucci, conciencia ancha, por la que pasaba todo.

El abate M..., que luego fué arzobispo de Nancy, que subrayaba con su sonrisa los juramentos de Luis Bonaparte.

Estaban también allí los concurrentes habituales á un famoso palco de la Opera, Montg*** y Sept***, que ponían al servicio de un príncipe sin escrúpulos el lado serio de los hombres ligeros.

Romieu, silueta de ébrio detrás de un espectro rojo.

Malitourne, buen amigo, obscuro y sincero.

Suin, hombre que daba buenos consejos para las malas acciones.

El doctor Veron, que tenía en las mejillas lo que los demás hombres del Elíseo tenían en el corazón.

Mocquart, antiguo buen mozo en la corte de Holanda, cuyos recuerdos estaban llenos de aventuras. Por la edad, y quizás por alguna otra cosa, podía ser padre de Luis Bonaparte. Era abogado y fué espiritual en 1829, al mismo tiempo que Romieu. Después publicó un volumen de no sé qué, solemne y en cuarto, que me envió. El fué quien en Mayo de 1847 vino con el príncipe de Moskowa á traerme la petición que hacía el rey Gerónimo á la Cámara de los Pares, en la que pedía la vuelta á Francia de la desterrada familia de Bonaparte: yo la apoyé, y esa buena acción y esa falta las cometería otra vez.

Boillault, semblanza de orador, que divagaba fácilmente y se equivocaba con autoridad. Creían que era un hombre de Estado, porque lo que constituye al hombre de Estado es tener cierta medianía superior.

Lavalette, que completaba á Morny y Walewski.

También estaba Bacciochi... y otros.

Bajo la inspiración de la indicada camarilla íntima, Luis Bonaparte, durante su presidencia, era una especie de Maquiavelo holandés, é iba de un lado á otro á pronunciar con voz nasal y aire soñoliento discursos traidores.

Tan miserable como es el Elíseo, ocupa un puesto en el siglo y engendró catástrofes y ridiculeces. No es posible dejar de hablar de él.

El Elíseo fué en París el centro inquietador y negro. En aquel lugar odioso todos eran pequeños y terribles. Estaban allí en familia, entre enanos. Profesaban esta máxima: gozar, y vivían de la muerte pública. Allí respiraban vergüenza y se alimentaban de lo que mata á los demás. Allí se construía con arte, con intención, con industria y con voluntad el empequeñecimiento de la Francia. Allí trabajaban los vendidos,

los réprobos y los complacientes hombres públicos, léase prostituidos. Allí hasta se dedicaban á la literatura: Vieillard era un clásico de 1830, Morny creaba á Chouffeur, Luis Bonaparte era candidato á la Academia. En aquel extraño sitio el hotel de Rambouillet se amalgamaba con la casa Baucal. El Elíseo fué el laboratorio, el mostrador, el confesionario, la alcoba y el antro del reino. El Elíseo pretendía gobernarlo todo, hasta las costumbres. Puso afeites en el seno de las mujeres y colorete en la cara de los hombres; dió tono al tocador de la música. Inventó el miriñaque y la opereta. Cierta fealdad era considerada elegante en el Elíseo; la expresion digna del rostro estaba desterrada de allí, lo mismo que la expresion de la grandeza del alma. En el Elíseo se ha escupido *os homini sublime dedit*; allí, durante veinte años, han estado de moda todas las bajezas, comprendiendo entre ellas el bajar la frente.

Por orgullosa que sea la historia, está condenada á saber que ha existido el Elíseo. Su lado grotesco no impide su lado trágico. Hay en él un salon que ha presenciado la segunda abdicacion del primer emperador, la que hizo despues de Waterlóo. En el Elíseo terminó Napoleón I y Napoleón III empezó. En el Elíseo se apareció Dupin á los dos Napoleones: en 1815 para abatir al grande y en 1851 para adorar al pequeño. Dicho sitio fué completamente siniestro en su última época. No quedó en él ni una sola virtud. En la córte de Tiberio vivia Traseas, pero en torno de Luis Bonaparte no habia nada noble ni digno; al buscar allí la conciencia se tropezaba con Baroche, y al buscar la religion con Montalembert.

V.

Un auxiliar indeciso.

Para la mañana histórica del 4 de Diciembre. La camarilla espiaba y observaba el menor movimiento de su señor. Luis Bonaparte se habia encerrado; el que se encierra medita, y para esta clase de hombres, meditar es premeditar. Todos se preguntaban qué es lo que premeditaba Luis Bonaparte, todos, excepto dos hombres; Morny, que era su consejero, y Saint-Arnaud, que era su ejecutor.

Luis Bonaparte tenia la pretension justificada de conocer á los hombres, se

vanagloriaba de ello, y bajo cierto punto de vista tenia razon. Otros los adivinan; él los olfateaba. Esto es bestial, pero seguro.

No se engañó respecto á Maupas. Para forzar la ley necesitaba una llave falsa y se sirvió de Maupas. Ningun instrumento de fractura seria tan á propósito como él para la cerraja de la Constitucion.

Tampoco se equivocó respecto á L. B. Comprendió en seguida que aquel hombre grave se convertiria en el acto en pícaro. En efecto; despues de votar y firmar la destitucion del presidente en la Alcaldía del 10.º distrito, fué uno de los tres ponentes de las comisiones mixtas, y tiene su parte de responsabilidad en el abominable total que ha registrado la historia de *mil seiscientas treinta y cuatro víctimas*.

Luis Bonaparte se equivocó, sin embargo, con Peauger, que, aunque le escogió, continuó siendo honrado.

Luis Bonaparte, temiendo á los trabajadores de la imprenta Nacional, no sin motivo, porque doce fueron refractarios, habia inventado una sucursal, una especie de segunda imprenta del Estado, que instaló en la calle de Luxemburgo, con prensa mecánica y prensa de mano, servida por ocho operarios, y confió á Peauger la direccion de dicha imprenta. Peauger supo la clase de carteles que trataba de imprimir, y desconfiando de Luis Bonaparte, antes de que diese el golpe de Estado, presentó su dimision de la imprenta Nacional. Entonces confió este empleo á Saint-Georges, que era más á propósito para servirle.

Se equivocó menos, pero se equivocó tambien con X. El 2 de Diciembre, X., auxiliar que Morny creia necesario, inspiró gran desconfianza á Luis Bonaparte.

X. tenia cuarenta y cuatro años, era apasionado de las mujeres y ambicionaba hacer carrera; por eso era poco escrupuloso. Debutó en Africa al mando del coronel Combes en el 47.º de línea; fué valiente en Constantina; en Jateha salvó á Herbillon, y el sitio, que éste empezó mal, él lo terminó bien. X. era pequeño, alto de hombros, pero intrépido, y manejaba admirablemente una brigada. En su carrera le habian hecho subir cuatro escalones; el primero Bugeaud, el segundo Lamoriciere, el tercero Cavaignac y el cuarto Changarnier. En Paris, en 1851, visitó á Lamoriciere, que le recibió con frialdad, y á Changarnier,

que le recibió mejor. Salió indignado de Satory, diciendo en todas partes:—*Es preciso acabar con Luis Bonaparte. Corrompe el ejército, y es cosa que indigna ver ébrios á los soldados. Quiero volver á Africa*. En Octubre, cuando Changarnier estuvo caído, se enfrió el entusiasmo de X. Entonces frecuentó el Elíseo, pero sin hacerse partidario. Dió su palabra al general Bedeau, que contaba con él. El 2 de Diciembre Edgard Ney fué á despertarle al amanecer, contando con él como punto de apoyo para dar el golpe de Estado; Ney le explicó el acontecimiento y no se separó de su lado hasta despues de verle salir, á la cabeza del primer regimiento, del cuartel de la calle Verta. X. tomó posesion en la plaza de la Magdalena. Pasó por allí La Rochejaquelein, que acababa de ser expulsado de la Cámara por los invasores. Estaba furioso La Rochejaquelein, que entonces aun no era bonapartista. Vió á X., que fué antiguo compañero suyo en la Escuela militar en 1830, se le acercó y le dijo:—Esto es un acto infame. ¿Qué haces tú ahí?—*Espero*, le contestó X. Rochejaquelein se marchó. X. se apeó del caballo y fué á ver á un pariente suyo, consejero de Estado, M. R., y le pidió consejo. M. R., que era hombre honrado, sin vacilar le dijo que iba á protestar en el Consejo de Estado del criminal atentado de Luis Bonaparte. X., moviendo la cabeza, dijo:—*Bueno será ver venir*.

El *espero* y el *bueno será ver venir* preocuparon á Luis Bonaparte. Morny le aconsejaba: *Démosle el mando del escuadron volante*.

VI.

Dionisio Dessoubs.

Gaston Dessoubs era uno de los miembros más valientes de la izquierda. Representaba la Haute-Vienne. Al principio de asistir á la Asamblea llevaba, como en otros tiempos Teófilo Gautier, chaleco encarnado, y el escalofrío que causaba á los clásicos de 1830 el chaleco de Gautier, causaba á los realistas de 1851 el chaleco de Dessoubs. El horror con que le miraba la derecha reconocia tambien otra causa; se susurraba que habia pasado tres semanas en Belle-Isle como detenido político, castigo en que incurrió por el asunto de Limoges. Murmuraban que el sufragio universal le habia sacado de allí para enviarle á la Asamblea. Ir de la prision

al Senado no es cosa sorprendente en nuestros tiempos variables, y ese cambio se completa algunas veces volviendo desde el Senado á la cárcel. Pero esta vez la derecha se equivocaba; el que estuvo preso no era Gaston Dessoubs, sino su hermano Dionisio. Pero Gaston les asustaba.

Durante el verano de 1851 iba yo todos los dias á comer en la Conserjería con mis dos hijos y con mis dos amigos presos. Eran muy simpáticos Vacquerie, Meurice, Carlos y Francisco-Victor, y atraian á sus semejantes: la luz indecisa y lívida de aquellas ventanas con celosías y con barrotes de hierro iluminaba una mesa de familia, á la que se sentaban con intimidad elocuentes oradores, entre ellos Cremieux, y escritores potentes y fascinadores, entre ellos Peyrat.

Un dia, Michel de Bourges nos trajo á Gaston Dessoubs.

El 2 de Diciembre no le vimos en nuestras reuniones por estar enfermo y sin poder levantarse, clavado, como él me escribía, por un reumatismo articular. Dionisio, su hermano más joven, fué á verle la mañana del dia 4.

Gaston, que sabia que se dió el golpe de Estado, estaba furioso porque no podia abandonar el lecho.

—Estoy deshonrado! exclamaba. ¡Habrá barricadas y mi banda no estará allí!

—Sí, le contestó su hermano, estará.

—Cómo?

—Préstamela.

—Tómala.

Dionisio tomó la banda de Gaston y salió.

Más adelante le volveremos á encontrar.

VII.

Noticias y encuentros.

Lamoriciere hizo llegar hasta mí, por medio de la señora de Courbone, aquella misma mañana, la siguiente nota, que el autor conserva escrita de puño y letra del indicado general:

“Fuerte de Ham.—El comandante se llama Bandot. Extendió su nombramiento Cavaignac en 1848, y fué refrendado por Charras. Estos dos son hoy prisioneros suyos. El comisario de policía que envió Morny á la aldea de Ham para que vigile á los prisioneros y al carcelero se llama Dufaure de Pouillac.” Lamoriciere, por el mismo conducto,

me envió también algunos detalles sobre su prision y la de los generales sus compañeros.

La prision de los generales se verificó al mismo tiempo en sus distintos domicilios y con circunstancias casi idénticas. En todas partes cercaron las casas, abrieron las puertas por medio de la estratagema ó de la fuerza, engañaron á los porteros, atando á algunos hombres disfrazados, provistos de cuerdas ó armados con hachas; sorprendieron en el lecho á los representantes, empleando para ello la violencia. Aquello fué una especie de invasion de bandidos.

El general Lamoriciere, segun su propia frase, tenia el sueño fuerte. A pesar del ruido que movió la policia entrando en su habitacion, no se despertó. Su criado, antiguo soldado, que le era muy adicto, habló en voz alta y á gritos para despertar al general, y entabló una lucha con los municipales. La espada de un agente de policia le atravesó la rodilla (1). El general fué sorprendido y secuestrado en su lecho. Al pasar Lamoriciere por el muelle Malaquais vió que las tropas desfilaban con la mochila á la espalda, y se asomó á la portezuela del carruaje. El comisario de policia que le acompañaba creyó que iba á arengar á los soldados, y cogiéndole por el brazo le dijo:—General, si decis una palabra os pongo esta mordaza. La llevaba en la mano.

Todos los generales presos fueron conducidos á Mazas. Les encerraron allí y luego se olvidaron de ellos. A las ocho de la noche el general Changarnier no habia comido aun.

El momento de la detencion fué rudo para los agentes de policia; Changarnier, Cavaignac, Lefló, Charras, Bedeau y Lamoriciere los avergonzaron, tratándoles como se merecian. Al partir el general Cavaignac se llevó algun dinero; al guardárselo en el bolsillo, se volvió hácia el comisario Colin y le preguntó:—¿Estará seguro ese dinero si lo llevo encima? El comisario exclamó:—¡General, sospechais de mí!—¿Quién me asegura que no sois ladrones? le replicó Cavaignac. Casi á la misma hora Charras le decia al comisario de policia Courteille:—¿Quién me asegura que no sois bandidos?

Pocos dias despues aquellos mercenarios recibieron la cruz de la Legion de

(1) La gangrena sobrevino y fué preciso amputarle la pierna.

Honor en recompensa de sus servicios. La cruz con la que el último Bonaparte condecoró á los polizontes despues del 2 de Diciembre, era la misma que el primer Napoleon colgaba á las águilas del grande ejército despues de la victoria de Austerlitz.

Comuniqué todos estos pormenores al comité, al que afluan otras noticias, algunas concernientes á la prensa. Esta era tratada con brutalidad soldadesca. Serriere, impresor valiente, vino á decirnos lo que habia sucedido á la *Presse*, en cuyo establecimiento se imprimia tambien el *Avenement du Peuple*. El dia 2, á las siete de la mañana, invadieron la imprenta veintiocho soldados de la Guardia republicana, que mandaba el teniente Pape. Este entregó á Serriere una orden, en la que se le prevenia que no imprimiera nada. Un comisario de policia acompañaba al susodicho teniente. Este comisario notificó á Serriere un decreto del presidente de la República que suprimia el *Avenement du Peuple*. Como si esto no fuera suficiente, colocaron centinelas al lado de todas las prensas; los trabajadores se resistian, y un marcador dijo á los soldados:—*Imprimiremos á pesar vuestro*. Entonces llegaron cuarenta guardias municipales con dos sargentos y cuatro cabos y un destacamento de línea mandado por un capitan. Girardin, que entró en aquel instante, se indignó tanto y protestó con tal energía, que un sargento le dijo:—*Quisiera tener un coronel como vos*. El valor de Girardin se comunicó á los operarios, y con habilidad y con audacia, á pesar de que los gendarmes los vigilaban, lograron imprimir las proclamas de Girardin en la prensa de mano y las nuestras con el cepillo.

Los trabajadores las sacaron de allí húmedas y en pequeños paquetes debajo de los chalecos. Gracias á que los servidores del golpe de Estado estaban ébrios. Los gendarmes hacian beber á los soldados y los operarios se aprovechaban de aquella circunstancia para trabajar. Todas las prensas de Paris estaban como éstas ocupadas militarmente, hasta las de los periódicos que defendian el atentado.

En la noche del 3 al 4, á las tres de la madrugada, evacuaron todas las imprentas. El capitan dijo á Serriere:—Tenemos orden de concentrarnos en nuestros distritos, porque *se prepara algo*.

Desde la víspera tuve algunas conversaciones relativas á la lucha con Jorge Biscarrat, hombre valiente y probo, de

VIII.

Situacion.

quien me ocuparé más adelante. Le habia citado en el número 19 de la calle de Richelieu. Desde allí fui varias veces al número 15, que era donde deliberábamos, y al número 19, que era donde yo dormí. En la calle acababa de despedirme de él, cuando vi que venia hácia mí por el extremo contrario M. Merimée.

—Calla! me dijo; os iba buscando.

—Espero que no me encontrareis, le contesté.

Me tendió la mano y yo le volví las espaldas.

No le he vuelto á ver. Creo que ha muerto.

Un dia, en 1847, me hablaba de Morny, y sostuvimos este breve diálogo. Merimée decia:

—M. Morny tiene un gran porvenir. Luego me preguntó:

—Le conoceis?

—Tiene un gran porvenir, le contesté.

Le conozco, tiene talento, frecuenta la alta sociedad, se ocupa de negocios industriales, ha puesto en movimiento el asunto de la Vielle-Montagne, el de las minas de zinc y el de las hullas de Lieja. Le conozco. Es un estafador.

Nos diferenciábamos, Merimée y yo, en que él apreciaba á Morny y yo le despreciaba. Morny le correspondia como era justo.

Esperé á que Merimée doblase la esquina de la calle, y en cuanto desapareció entré en el número 15.

Supimos algo de Canrobert. El dia 2, por la tarde, visitó á la señora de Lefló. Al dia siguiente debia celebrarse un baile en casa de Saint-Arnaud, en el ministerio de la Guerra. El general y la generala Lefló estaban invitados, y debia de encontrarse allí con el general Canrobert. Pero de nada de esto le habló la señora Lefló.

—General, todos vuestros compañeros están presos, y sin duda habeis sido cómplice de este atentado.

—Voy á presentar mi dimision, la contestó Canrobert; podeis decírselo á vuestro esposo.

Estaba pálido y se paseaba por el aposento muy agitado.

—Vais á presentar vuestra dimision? Eso es cierto?

—Si no hay motin...

—General Canrobert, replicó la generala Lefló, el *si* que habeis pronunciado me suena como un *no*.

Verdaderamente Canrobert no estaba decidido aun á dimitir. El fondo de Canrobert era la indecision.

Aunque era la táctica de combate del comité no condensar la resistencia en una hora ni en un solo sitio, sino esparcirla por el mayor número posible de puntos y de dias, cada uno de nosotros comprendia, como lo comprendian tambien los malhechores del Eliseo, que aquella jornada iba á ser decisiva.

Se acercaba el instante en que nos iba á atacar por todas partes el golpe de Estado y en que tendríamos que sostener el choque de todo un ejército. Si el gran pueblo revolucionario de los arrabales de Paris abandonaria ó no á sus representantes, si se sublevaria ó no, era la dolorosa cuestion que nos causaba la mayor ansiedad.

No teníamos ningun indicio sério en nuestro favor respecto de la Guardia nacional. No pudo imprimirse la elocuente proclama que en casa de Marie redactaron Julio Favre y Alejandro Rey, y que en nuestro nombre dirigian á las legiones. El proyecto de Hetzel habia abortado; Versigni y Labrousse no pudieron unirse á él, porque el sitio de la cita era barrido continuamente por las cargas de caballería. Tambien habian fracasado el esfuerzo animoso del coronel Gressier para sublevar á la 6.^a legion y la tentativa del coronel Howyne para sublevar á la 5.^a La indignacion, sin embargo, se traslucia en Paris. La noche fué muy significativa. Hingray vino muy temprano con un paquete de ejemplares del decreto de destitucion, reimpresso, que ocultaba bajo el paletó. Para llegar con el paquete hasta nosotros corrió diez veces peligro de ser detenido y fusilado. Inmediatamente distribuimos los ejemplares y los hicimos fijar en las esquinas; nuestros carteles aparecieron en muchos sitios al lado de los del golpe de Estado, que imponian pena de muerte á los que fijasen decretos de los representantes. Hingray nos aseguró que nuestras proclamas y nuestros decretos los habian autografiado y circulaban de mano en mano millares de ejemplares.

Por nuestra iniciativa, y gracias al patriótico concurso de algunos jóvenes alumnos de química y de farmacia, conseguimos fabricar pólvora en muchos distritos. En un solo sitio, en la calle de Jacob, durante la noche se fabricaron